

en el plan de la Providencia estaba, en el sistema lógico que forman las sociedades humanas, en la evolución jamás interrumpida de los tiempos, en el cumplimiento de los humanos destinos y en el curso de la civilización universal, que aquella España, conocida por los antiguos con el nombre de luminosa estrella de la tarde, se dirigiese por el ocaso á completar el cielo y el planeta, como á renovar con otra nueva creación toda la Naturaleza.

CAPÍTULO VI

VENIDA DE COLÓN Á ESPAÑA.

AMARGADÍSIMO debió quedar Colón, viendo á la monarquía lusitana, metida entonces en los descubrimientos que llenaban sus mares, y á la familia de Avis, glorificada por las increíbles invenciones debidas á su inspiración, menospreciar al poseedor del más precioso entre aquellos secretos, cuya continuada revelación iba engrandeciendo la tierra con costas nuevas y dilatando el espacio así en los mares como en los cielos. Aferrado á la vida por la realización del trabajo, que á su inteligencia y á su voluntad defiriera la interior vocación providencial propia, revolvíase contra todos los obstáculos opuestos por la ignorancia y por las supersticiones á la sublime adivinación, hechura en parte de su fantasía intuitiva y en parte de su adquirida ciencia. Pero en tal combate sucumbía el infeliz á diario muy dolorido. Y este dolor intenso, el cual á veces comunicaba desórdenes horribles á sus nervios, remontados por las múltiples se-

gregaciones de hiel producidas en el insomnio consiguiendo á las grandes faenas intelectuales, cuyos ejercicios tanto adoloran así la complexión moral como la complexión física de los hombres destinados al bien de nuestra tierra y de nuestra especie, debían de suyo no desesperarle del todo, como le desesperaban de continuo á veces, antes bien sugerirle una idea consoladora, la idea de que jamás deja el Universo al entendimiento descifrar un enigma suyo sino desde los potros y torcedores del martirio. Nacido Colón en aquella edad creadora de tanta y tan múltiple revelación, cuya labor, no sólo circundaba el espacio con las navegaciones maravillosas, que iban evocando por el Océano islas y continentes como á conjuros mágicos, doblaba el tiempo, trayendo lo pasado á completar lo presente con aquellas apariciones de los helenos huídos al turco soberano en Constantinopla, y con aquella resurrección de las estatuas despertadas á una del polvo y de las ruinas en Roma y en Italia entera, bien podrá remontar el vuelo de sus ideas á las altas contemplaciones históricas, y descubrir en su propia pena el premio reservado á todos los esfuerzos redentores por el mal inferido á cuantos héroes del humano progreso produce la Naturaleza y consagra la historia, coligiendo así él de sus mismas dificultades indecibles el carácter grandioso y extraordinario de su personal obra. ¡Ah! Sólo extrayendo con perseverancia del diario dolor y de la continua contrariedad una persuasión profundísima del ministerio que desempeñaba y del fin que cumplía, érale dado sostenerse contra el número de pruebas por que pa-

saba el infeliz; como la ceguera de su propia patria, que le había dejado partirse á extraña tierra, sin columbrar en aquella espaciosa frente la estrella de su predestinación; como la indiferencia de cuantos le oían y no le secundaban, cegados por su ignorancia é inmóviles en sus heredadas costumbres; como la perfidia de los mismos, que, habiendo visto ya realizarse otras profecías, cual aquellos Reyes y Príncipes portugueses de su tiempo, defraudábanle á él en la realización de todo cuanto había profetizado y prometido en sus previsiones admirables y con los datos debidos á sus propias espontaneidades geniales expedían marinos al perverso fin de robar al revelador todos los justos premios y todas las múltiples glorias á que tenía indubitado derecho. Las dos grandes corrientes de ideas, que corrían por el humano espíritu en aquella edad creadora, debían dulcificarle con ejemplos varios el dejo de hiel puesto en sus labios por múltiples amarguras, y decirle cómo Naturaleza no daba inteligencia y comprensión de lo porvenir tan claras, voluntad tan firme y robusta para la consecución de un fin y objeto, fuerzas tan extraordinarias en un hombre, sino destinándolo al cumplimiento de una grande obra y á la realización de un ideal maravilloso. Uno, entre los caracteres distintivos de la especie humana, es, á no dudarlo, aquella útil aplicación á sus necesidades varias del fuego, por ningún animal, ni por los más próximos á nosotros en las escalas zoológicas, aprovechado jamás; y quizás á causa de tal grande utilidad, el titán, á quien tamaña obra el consentimiento universal atribuye, soportó, clavado al Cáucaso,

los hierros de todas las servidumbres, y vió renovarse su corazón y su hígado perdurablemente, para que se los comieran y se los devoraran todos los dolores. El mismo Jehová, que distinguió entre los pueblos á Israel, confiándole una revelación como la del absoluto Sér, incomunicable á la mortal penetración, quejábbase por boca del profeta Isaías, en versículos magníficos, de que mientras el asno conoce dónde se halla su pesebre, y el buey barrunta entre otros muchos á su gañán y amo, los escogidos por él para depositarios y guardadores de la verdad, no conocían á su Dios. Pero ¡ahl que la magnitud enorme del conjunto y totalidad de una obra universal, como la obra del piloto genovés, no empece al terrible dolor de cada día.

Naturalmente, desprendido en los tiempos que historiamos por completo de su patria, Génova, cuyos tráfaeos por mar y tierra no podían prometerle auxilio, y desahuciado además de la Corte portuguesa, que le jugara una felonía tan grande, Colón pensó en España, la cual, tras los desórdenes feudales del reinado de Juan II y Enrique IV, recomenzaba por entonces á brillar con ese resplandor nuevo, tan persistente y continuo, que, sucediendo á todas las decadencias en todos los períodos de su historia, nos la muestra como un sol, según su luz propia, un sol, sobre cuyo disco pasarán muchos eclipses, cuyas sombras podrán obscurecerla con frecuencia, pero nunca jamás extinguirla. Y, amén de la natural atracción ejercida sobre todos los ánimos y todos los espíritus superiores por nuestra patria en tal momento, un hecho par-

ticular y privado influyó con grandísima influencia sobre la voluntad del genovés, al venirse desengañado entre nosotros é instalarse so el techo nuestro: la muerte de su esposa, quien le había dejado un varón, el primogénito D. Diego. Con este único acompañante y apoyo, débil báculo en su temprana edad, se puso desde Portugal en camino Colón hacia Extremadura y Andalucía, no sabemos aún si por mar ó por tierra, buscando y requiriendo tanto el hogar habitado por una cuñada suya unida en matrimonio con obscuro andaluz, como las relaciones en Sevilla. Ante todos los actos de la vida pide cualquier buena investigación que se busquen á una con cuidado las causas generales á que llamamos primeras y las causas ocasionales á que llamamos impulsoras ó determinantes. Puede reconocerse por causa ocasional de aquel viaje de Colón á España, ciertamente, la muerte de su compañera, que le afligiría mucho, dado su natural exaltadísimo; pero desde que se sintió por Génova olvidado, y en Portugal preterido, soñó con venirse á la tierra que, según tradiciones transmitidas desde tiempos inmemoriales, prolongara costas, desvanecidas más tarde, tan lejos mar adentro, que se llamó con razón la estrella del ocaso, destinada en misteriosos designios á esclarecer con su luz propia y á ensanchar con su virtud mágica el misterioso Atlántico. Para un marino empeñado en buscar el derrotero de las Indias orientales por Occidente, no podía, no, existir centro tan propio de su alma como las tierras occidentales, Lisboa y Sevilla, España y Portugal. Todavía entonces Venecia y Génova miraban á Oriente mientras

á Occidente Sevilla y Lisboa. Nuestra patria llevábale á Portugal, á pesar de los maravillosos descubrimientos portugueses en aquella centuria, una ventaja: el haberse adelantado mucho en exploraciones é invenciones marítimas. Desde los siglos de la conquista germana hasta el siglo de los primeros cruzados, la parálisis intelectual, apoderada del mundo europeo, aguardando sobre los sepulcros de sus iglesias bizantinas el supremo llamamiento de las trompetas apocalípticas, prontas á señalar el Juicio Final, no llegó á nuestra España, en los océanos de la vida universal anegada, y por la ciencia esclarecida, merced á sus reveladoras y sabias escuelas hispano-árabigas de la ilustre Andalucía. Los ojos del árabe, abiertos para mirar el cielo sereno, mientras los ojos cristianos se iban cerrando para no ver esos mismos cielos arrollarse como un pergamino calentado por el incendio universal, los ojos del árabe penetraron en los misterios astronómicos, y vieron la tierra y el mar con anticipaciones que debían prepararnos y apercibirnos á nuestras posteriores empresas. El Alabderita escribió en Valencia un itinerario de África; como en Sevilla pintó el sabio Abregat los mapas indispensables á una reveladora cosmografía; como Albufeda se adelantó con sus tratados geográficos en tal modo á todos los geógrafos, que fuera imposible sin su guía y sin sus noticias emprender ningún viaje, según dicen y confiesan los mismos comentaristas de aquella peregrinación de Marco Polo, en cuyo relato bebiera Colón sus mayores y más luminosas esperanzas. Bien es verdad que á los relatos de Marco Polo, aguijón y esti-

mulo de las peregrinaciones y de los descubrimientos, habíase adelantado un siglo el hebreo Benjamín de Tudela, quien, apoyado en la seguridad por sus conocimientos científicos dada, no se contentó y satisfizo con explorar en los mares asiáticos las islas y los archipiélagos; penetró en la Tartaria y en la Mongolia, objeto de grande curiosidad y germen de innumerables fábulas, avivando así la ciencia investigadora del planeta bajo las sombras espesísimas de una ignorancia, invencible casi por los obstáculos que la guerra entre todos y el fraccionamiento de todo suscitaba con incontrastables resistencias á la exploración y al descubrimiento. Nada se desvanece tanto con el estudio profundo de la historia como esas improvisaciones de los hechos, tan gustosas para los que desdeñan las series generadoras de todo y desconocen la evolución en cuyos términos todo se desarrolla por sucesiones lógicas, ya de fases en el espacio, ya de momentos y edades en el tiempo, demostrativas de la sabia lentitud con que todo se ha creado y ha crecido en el universo espiritual y en el universo material, quienes dentro de sí abrazan lo mismo las ideas que los seres en verdadero sistema desarrollado por siglos de siglos equivalente á una eternidad.

Así no comprenderíamos la obra del descubrimiento por España, si con anticipación verdadera no supiésemos los rastros de luz dejados en España por los árabes. Pero si las ideas de los árabes resplandecieron en tiempos á la ciencia tan opuestos como los tiempos que se dilatan del siglo séptimo al duodécimo siglo, en este último co-

menzaron los reinos cristianos españoles á prosperar así los estudios del cielo como las exploraciones del Océano, estableciendo por un lado en sus dominios escuelas continuadoras de las acabadas en Córdoba y Sevilla, tendiendo por otro lado barcos en las aguas, los cuales, so color de guerra, sembraban preciosos y primerizos gérmenes del cambio y del comercio. Coincidieron los primeros barcos, del Guadalquivir expugnadores en el sitio de Sevilla, con las primeras tablas alfonsinas, del cielo reveladoras en la vega de Toledo. Fernando III premió á las gentes de mar, quienes, por virtud y por obra de aquellos premios, pudieron ir en socorro de naciones extrañas, cuando no hacía un siglo que vinieran al sitio de Almería, bajo Alonso VII en auxilio nuestro las naves extranjeras. Á este despertamiento de la marina dos viejas ciudades maravillosas crecieron, fundación de fenicios y cartagineses un día: en las costas meridionales, Barcelona y Sevilla, mirando hacia Oriente la una y hacia Occidente la otra, émula de Venecia y Génova la primera, émula de Lisboa y Oporto la segunda, por cuya doble legión pacífica de mercaderes y de marineros, así poseíamos Nápoles y Sicilia en los mares itálicos, apoyábamos á Constantinopla y Atenas en los mares helénicos, grabábamos nuestros blasones en el Asia Menor, como íbamos ensanchando el Atlántico bajo nuestras quillas, y trayendo al comercio común europeo esas islas afortunadas, parecidas á fragmentos de aquel soñado mundo, ya roto, en que pusieran los pensadores y los poetas antiguos la realización milagrosa de sus utópicos ensueños. Y no cejó

esta obra un punto, ni en reinados adversos, porque á Sancho IV le permitieron sus guerras de familia y sus usurpaciones de regios derechos cortar maderas y multiplicar naves; á Fernando, su hijo, las discordias con los grandes y las citas dadas por éstos ante la divina justicia prosperar factorías como la espléndida de Bilbao; al noveno Alfonso sus combates con los moros en el Salado y sus vigiliass por la legislación en Alcalá favorecer los cómitres y exentarlos de pechos; á Pedro el Cruel aquellos terrores, naturales en su guerra sangrienta con el feudalismo, comandado por su parentela bastarda, el armamento de flotas y el propio embarque suyo en pos de pueblos y de costas; á Juan I sus desgracias en las porfías con Portugal expedir embajadas que llegaron hasta las desembocaduras del Eufrates, interponiendo su influjo con los soldanes de Babilonia en favor de los cautivos reyes armenios; á Enrique III la propia flaqueza, consiguiendo á los desmedros del principio monárquico y á las insolencias del poder feudal, tocar con sus manos la tierra llamada techo del mundo por medio de sus enviados idos á visitar al Gran Tamerlán de Persia y al Gran Mongol de Tartaria para pedirles noticias de aquellos herederos del Preste Juan de las Indias, entrevisto en la décimatercia centuria, quien pedía, so un techo retejado de oro y sobre un pavimento embutido en esmeraldas, el auxilio cristiano; á Juan II las enemigas suscitadas en torno suyo por el favorito Álvaro de Luna, provocador á sediciones y aonadas, recibir el pleito homenaje de las recién conquistadas Canarias y salvarlas de las codicias portuguesas;